

A painting of a snowy winter scene. In the foreground, a person in a blue coat is riding a sled down a snowy slope. To the right, a horse-drawn sleigh is being pulled by a team of horses. In the middle ground, a group of people in traditional winter clothing are gathered around a large log. The background shows a town with red-roofed buildings nestled in a valley, surrounded by snow-covered trees and hills under a pale sky.

Juan Eduardo Zúñiga

Desde los bosques nevados

Memoria de escritores rusos

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Juan Eduardo Zúñiga
Desde los bosques
nevados
Memoria de escritores rusos

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio 2010
Segunda edición: diciembre 2017

© Juan Eduardo Zúñiga, 2010
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 21895-2010
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-870-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Adriana que ya entró en el bosque
de los sueños y las palabras,
y para Guillermo y Nicolás que están
a punto de alcanzar ese reino.*

EL ANILLO DE PUSHKIN

Una lectura apasionada

La memoria vuelve a los libros rusos y recupera narraciones portentosas descubiertas en largas horas de lectura. Siempre enriqueció al lector el tesoro de la literatura en lengua rusa con acontecimientos y personajes sorprendentes y con figuras de escritores cuyas vidas parecen fruto de la fantasía, admirables en su vocación de transformar su experiencia en belleza y verdad.

En este libro me he propuesto recordar, como evocación de un entusiasmo juvenil, fragmentos del ámbito literario ruso. Tipos de hombres y de mujeres muy variados, en historias que me emocionaron, a los que debo un estímulo que avivó la sensibilidad. Y la sorpresa ante la gran creatividad rusa.

Los escritores se sabían nutridos por una herencia que respetaban y admiraban, poseían la ambición de renovar el lenguaje y testimoniaron sobre los cambios históricos que impulsaban a Rusia.

Descubrí la correspondencia entre costumbres, historia, gentes, paisajes y arte literario, tan reveladora para el buen conocimiento de esta cultura.

De forma más extensa dediqué un estudio, de predominio biopsicológico, a Iván Turguénev que fue un primer paso en mi acercamiento a su país, una Rusia antigua y remota. Cuando tenía yo aún en las manos libros infantiles, me llegó casualmente una novela de este escritor cuya lectura me sedujo y ya a lo largo de los años su obra estuvo en mi horizonte intelectual. Sus famosas novelas se editan y se leen hoy constantemente y por su talento para describir

conflictos de las conciencias y los finos matices temperamentales, parece nuestro contemporáneo aunque sea un autor del siglo XIX. Por eso predomina en este libro la referencia a épocas pasadas, según las palabras del novelista Yuri Libedinski, «la vida antigua de los hombres rusos, transcurrida en aquellos campos brumosos, en aquellas innumerables aldeas, en aquellas pequeñas ciudades mortecinas, la vida irremediamente desaparecida que Pushkin, Turguénev, Chéjov y cientos de otros escritores han pintado con tanta exactitud». Toda esta riqueza literaria la recupero apasionadamente en estas páginas.

El anillo de Pushkin

Este anillo le fue entregado a Pushkin tras una larga noche apasionada. Cuando la luz difusa de la aurora aconsejaba a los amantes separarse, ella se lo ofreció como solicitud de su constancia, que transgrediese, audaz, cualquier barrera y acudiera a las citas planeadas donde su ardor, su exaltación una vez más se apoderasen de ella y como un baño abrasador la envolvieran en la pasión de las cálidas veladas clandestinas. Si le dio el anillo, fue cediendo a presentimientos de amenazas; ella deseaba que tan hermosa vida quedara protegida, conservada intangible para que así su amante repitiera aquellas noches en las que la fatiga, los forcejeos en el ansia turbadora de abarcar el cuerpo desnudo, el ligero sopor que se presenta tras la cumbre de las satisfacciones, parecen renovarse una vez y otra.

Y para dárselo, hizo girar el torso, el brazo se extendió hasta alcanzar la mesa junto al lecho y en aquella postura seductora se mantuvo un instante, suficiente para que la interminable mirada del poeta recogiera todo su esplendor.

La mano frágil, de uñas esmaltadas, se lo ofrecía, y los dedos, besados con respeto en reuniones y fiestas oficiales y ahora manchados de saliva, lágrimas y perfumes, se lo pusieron ante los ojos con un imperceptible movimiento de oferta, de delicada entrega, y Pushkin, sin comprender bien lo que hacía, introdujo en él, despacio, su dedo índice y al ver en ella un gesto aprobatorio, voluptuoso, entendió que aquél era un obsequio y contempló en su mano levantada el simétrico octógono dorado.

Pero cuando él le preguntó por qué se lo daba, que si en

verdad era un regalo, ella fue capaz de una superación de su interés más íntimo, de trascender las expectativas de su cuerpo y la imperiosa necesidad de rendirle su alcoba, y le dijo que aquel talismán de fuerza poderosa no sólo le ayudaría a ser poeta superior a todos sino que le pondría a salvo de las traiciones del amor, de los labios que fríamente besan, y al decirlo se estaba inventando que tuviera tan mágico poder pues aunque ella lo desease, no estaba segura de que la hubiera ayudado o protegido de especial manera.

Su presencia en las manos de Yelizaveta Vorontsova o al quedar olvidado sobre un mueble de los que había en la alcoba, irradiaba tal fuerza e impregnaba a ambos de una felicidad tan ardorosa que parecía no ir a acabar nunca, pero Pushkin dudó que aquella sortija le trajera mayor suerte que verse al lado de la gobernadora, la más encantadora mujer de Odessa.

La luz del alba se anunciaba a través de las cortinas de brocado, habían de despedirse y el anillo rozó los hombros carnosos y desde la puerta, ya entreabierta, le dijo adiós de igual manera que el primitivo dueño habría alzado la mano para colocarse el *talit* sobre la cabeza en los rezos de la sinagoga cuando su pensamiento iba hacia la figura, cada vez más remota, del padre muerto, del que pretendiera eternizar su ejemplo de rabino y estudioso haciendo que un artífice grabara en el sello de su anillo la leyenda que perpetuara su nombre, de la cual otros ojos nada comprenderían pues las letras hebreas están negadas a los cristianos, y de cuantos poseyeron esta sortija la que menos sabía fue la bella polaca, casada con el gobernador de Odessa y que ahora, al cerrar Pushkin la puerta, se adormeció, contenta del regalo protector que le pondría a salvo de los rencores del marido burlado.

Cesaron aquellas relaciones pero el amor de ella fue con él siempre, como el destello dorado de su anillo le acompañó en las soledades o en los magníficos salones principescos; su enigmática leyenda intrigó a quienes por él se interesaron: sus posibles poderes fueron la envidia de aquellos que perseguían a cualquier precio la riqueza, y Pushkin son-

reía y lo mostraba aun cuando estaban ya casi olvidados Yelizaveta y el momento en que lo recibiera y no creía mucho en su naturaleza portentosa. Si en su postrer mañana preparó las pistolas, acudió a un restaurante, se encaminó hacia el lugar fijado para el duelo y estaba totalmente tranquilo, más se debía a indiferencia por su suerte que a la convicción de no ser alcanzado por las balas.

No bien notó un golpe en el vientre y un agudo dolor en la espalda, la mano alhajada oprimió la herida, conteniendo la abundante sangría que manchaba la ropa, y el anillo, del que jamás su primer dueño pudo pensar fuera así profanado, apagó sus destellos del más noble metal con un baño de luto, de líquido denso y rutilante que hubo de ser lavado cuando le extendieron en el sofá de su despacho y el doctor Scholtz acudió presuroso a curar la herida. Entonces el anillo, recuperado su habitual reflejo, dejó de ser sólo vehículo de filiales sentimientos y según pasaban las horas, de la mano, que iba quedando sin vida, absorbía una sustancia poderosa, herencia de la mente agonizante.

El anillo lo recibió Zhukovski, el íntimo amigo del poeta, a la vez que éste le confiaba postreras voluntades mientras el murmullo de la muerte se extendía en torno a ellos y angustiaba al desolado amigo de tal manera que maquinalmente se guardó la joya en un bolsillo de la levita y sólo días después la sacó y contempló largamente su bello color, su calidad de pulido perfecto, la misteriosa leyenda en el octógono del sello, pero no pudo sospechar que lo que tenía en la mano era mucho más que una alhaja pues Pushkin le había dedicado uno de sus poemas —escrito en la total desesperanza—, donde cuenta que recibió el talismán de una hechicera quien, entre besos, le encareció no lo perdiera ya que le protegería de traiciones, olvidos y nuevas heridas amorosas.

Como prueba de amistad entrañable, admirado por haber pertenecido a un genio, Zhukovski conservó el anillo muchos años, incluso llevándolo consigo cuando se fue a Alemania y después de su muerte pasó a poder de un hijo, quien en cierta ocasión lo regaló a Turguénev el cual supo que se trataba de un talismán usado como tal por el hombre

a quien tanto admiraba, y desde entonces lo convirtió en un objeto suyo habitual, y más de una vez, un amigo erudito, de los judíos con quienes se trataba, había tomado el anillo y girándolo para que le diese la luz, habría leído en voz alta la leyenda: «Simja, hijo del honorable rabino José, bendito sea su recuerdo» y aunque estas palabras parecieron a todos formularias, a Iván Turguénev le harían ensimismarse unos segundos en el recuerdo borroso de su padre.

Todo el amor inextinguible de Yelizaveta Vorontsova, sus añoranzas de las noches de la primavera del año 24, las caricias sorprendentes, prolongadas, en la penumbra de sus habitaciones, las palabras que él dijo y que ella preservaba del olvido, habían dado igualmente al talismán una candente vibración amorosa pero al ponerse en contacto con la historia de amores incumplidos de Turguénev, éste llevó en la mano una sortija cargada de contradicciones, de admirables potencias encontradas que pusieron entre él y las personas, entre sus proyectos y las realizaciones, entre su pasión y el cariño ajeno, entre su pensamiento y el reposo, una niebla sutil impenetrable a los lazos de amor, a la contemplación serena, a las transacciones afortunadas del talento, a las visiones placenteras que a veces nos visitan en el Sueño...

Turguénev mostrábase orgulloso de poseer la alhaja y nunca pensó que hubiera relación entre su peso en el dedo anular y las contingencias que le sobrevenían, ya fuese en su casa de Baden, cuando invitaba a los artistas a sus conciertos, o en su piso de París, escribiendo novelas incansable como autor prestigioso el cual, no obstante, pugnaba día a día por conquistar una felicidad esquiva o transitoria pues si en las reuniones tan frecuentes él divertía a todos con su arte de narrar sus ocurrencias, sus pantomimas con un sombrero raro y un chal descolorido, cuando quedaba solo se contemplaba como un hombre viejo, carente de familia, acosado por el miedo a las enfermedades, aterido del vacío interior que los huérfanos sienten hasta el fin de su vida.

No obstante, una noche tuvo un sueño que luego convirtió en un relato y en el que se vislumbra, entre brumas

de años infantiles e identificaciones misteriosas, el tema de un anillo que llevaba una recién casada la cual se lo roba el hombre que antes la viola. Y el hijo nacido de esta violencia encuentra un día a un hombre con el que soñó que era su padre, y al que poco después, en la vida real, halla muerto, ahogado en una playa de un mar tempestuoso: en la mano yerta, apenas perceptible entre la arena, ve una sortija que se le antoja fuese la robada y así la reconoce su madre cuando él, decidido, se la lleva y se la devuelve, enmendando la desgracia pasada, igual a una restitución de la pureza hollada pues éste es el símbolo nupcial cuando entrega la novia una sortija al prometido y, en este caso, la devolución de la joya es un regreso a la virginidad que nunca debió ser rota, según el oculto e insistente deseo de Turguénev que se traduce en todos sus escritos.

Un anillo robado, devuelto a la mujer que hizo desgraciada y, antes, fue propiedad de un hombre malvado que más tarde murió y de nuevo lo recibieron manos femeninas... enigmático ciclo de la sortija hebrea: se cierra en la vitrina de un museo donde la entrega Paulina Viardot, la gran cantante amiga de Turguénev, quien la poseía desde que él, poco antes de morir, se la confiara.

El joven exaltado que una noche salió del palacio de la gobernadora llevando el talismán, fue años más tarde el gran poeta de una nación inmensa, a muchos de cuyos sentimientos él dio nombre y plasmó en bellísimas palabras el espíritu de las ideas de su tiempo. Sus retratos, sus manuscritos, sus recuerdos, tuvieron un museo en San Petersburgo al que envió la cantante el talismán para que allí se guardara y no lo usara nadie. Ella probablemente sabría la historia, acaso le inquietaba, de aquel trofeo que el azar había hecho ostentar a hombres ilustres para prestarles destinos singulares. Lo tomaría en sus manos y al notar un peso fabuloso comprendería que estaba impregnado de una fuerza antigua y prestigiosa: la esencia vital de aquellos que en su mano lo llevaron. En su dura materia había entrado, con la sangre de su dueño, la centenaria experiencia rusa de sufrimiento, pasiones y grandeza. Quizá, bajo su

influjo, Iván Turguénev, que vivió en el extranjero, sobrellevó adversidades típicamente rusas y su vida de nostalgias fue una existencia rusa con sus ternuras y sus frustraciones, sus anhelos y su desprendimiento.

En una época de grandes conmociones alguien rompió el cristal de la vitrina y robó el talismán y hoy no se sabe cuál fue su paradero. Cabría preguntarse dónde está: si en mano delicada, igual a la de Yelizaveta Vorontsova, o en dedos aferrados al volante del camión que marcha eternamente por carreteras batidas por la nieve... Pero es seguro que allí donde se encuentre ese pequeño círculo de fuego, irradiará un invisible resplandor que hará nacer amor apasionado entre las tribulaciones y las esperanzas.

Cabezas de oro

¿De qué ciudad, de qué región de Rusia no habrán tratado sus escritores en los libros que, mal o bien traducidos, leíamos de jóvenes? Hace años, con ediciones cortas, la literatura rusa tuvo entre nosotros, no obstante, un período esplendoroso de difusión y era acogida con avidez por el lector que en ella encontraba descritos los más variados problemas que precisamente a él le acuciaban. Se sentía personificado, plasmada su alma o su comportamiento en los más abstrusos conflictos psicológicos, en los más refinados éxtasis sentimentales o los más violentos matices de la crueldad, que estaban en sus páginas inmortales. Éstas siempre, aunque pasen años o decenios, aunque transcurra un siglo, se leerán como nosotros las leímos, con igual emoción e igual deleite.

Entre la descripción de los amplios panoramas del bosque o de la estepa, del Cáucaso y del mar helado o los sencillos cuadros de una aldea dormida, los escritores pensaron en las dos mayores ciudades rusas cuyo solo nombre—Moscú, San Petersburgo—suscita innúmeras evocaciones.

En el antiguo escudo del imperio ruso campeaba un animal quimérico, un águila de dos cabezas, cuya interpretación justa sería que Rusia tuvo dos capitales, Moscú y San Petersburgo, la que antes fue Petrogrado: dos ciudades que están en la historia de Europa y del mundo, que han sido meta de tantos deseos y proyectos, a las que se han vuelto las miradas de millones de seres, a las que se ha odiado o se ha querido alcanzar sin poder conseguirlo, o bien, si se alcanzaron, estremecieron por su belleza o por su abigarra-

miento, que forma parte de la grandiosidad. Ejes de polarización de un fervor o de un turbio rencor, pasiones a las que no fueron ajenos los mismos escritores rusos que las consagraron como su esperanza vital o su repudio.

La idea, genial o disparatada, de un monarca absoluto, hizo construir una ciudad, Petersburgo, en las pantanosas y solitarias márgenes de un río que desemboca en el golfo de Finlandia: «Allí todo era silencio», escribe Bágiushkov. Pedro I quiso crear un puerto o punto avanzado hacia Europa y formó un emporio de belleza y opulencia. Lo primero que mandó construir en 1703 fue la fortaleza llamada de Pedro y Pablo, eje de otras construcciones que la rodearon. Para levantar éstas llamó a célebres arquitectos italianos y franceses y a los mejores rusos, que planearon entre marismas, lujosos edificios de piedra con difíciles cimientos; recibió el nombre de ciudad de San Pedro y tanto era el afán constructor que en 1712 el zar se instaló allí aunque la ciudad tenía una organización precaria, y un año después es nombrada capital del imperio. Ya entrado el siglo XIX el escritor Viázemski escribe: «Aquí Pedro pensó en nosotros. Aquí, oh Rusia, está tu santuario». Pero su construcción exigió víctimas y miles de campesinos llevados a trabajar a la fuerza perecieron entre los cimientos y los hielos que invaden la región ya en el mes de octubre, tal como cuenta uno de estos siervos en un poema de Yákov Polonski: «yo estaba exangüe sobre la yacija, con los pies helados... Era la muerte».

Los escritores dieron a la ciudad interpretaciones personales o generalizadas: vieron en la ciudad el triunfo de Pedro sobre el mar y la hostil naturaleza, como leemos en un poema de Sumarókov, o percibieron un rostro espectral, la amenaza del desamparo que cita Saltikov-Shchedrín: «Bella es Petersburgo en el esplendor de sus millones de luces, pero terrible al mismo tiempo: cuántos sufrimientos, cuántas esperanzas que nadie sabe ni comparte, cuántas desilusiones y de nuevo esperanzas y de nuevo desilusiones».

Es el paisaje inquietante de los relatos dostoyevskianos, como es la claridad de las «noches blancas», románti-

ca hora de pasear sin rumbo en la nívea luminosidad. Ya comentó ésta Pushkin en un poema dedicado a la ciudad del norte:

Te amo, creación de Pedro,
amo tu aspecto armonioso y severo,
el curso poderoso del Nevá
y el granito de tus malecones,
tus verjas, enramado de fundición,
tus noches pensativas
sin luna, la brillante claridad
cuando en mi habitación escribo
y leo sin lámpara
e impecable es la serie dormida
de calles desiertas, y luminosa
se alza la flecha del Almirantazgo
donde, sin dejar la bruma nocturna
envolver la cúpula de oro,
un crepúsculo se apresura a relevar al otro
no dando a la noche sino media hora.

En poemas y en relatos la ciudad aparece como una fantasía inquietante de tal forma que puede surgir la duda de si esas calles anchas barridas por el viento helado, los muros que guardaban riqueza junto a privaciones y despotismo, las nubes cargadas de sombría luz ceniza que pronto se tornan nieve y largo invierno, los creó Pushkin como evocación o para alzar con ellos su potencia de genio.

Y en el centro de esta «Palmira del Norte», como fue llamada, la estatua ecuestre de Pedro el Grande –«reproducido en insensible bronce», dice Lomonósov– monumento simbólico que ha despertado aborrecimiento o admiración y pese a todo permanece inmutable, aunque el color verdoso de la herrumbre anuncie la corrupción de un cadáver que se mantiene en pie. En la base de piedra, un breve epitafio en latín testifica quién lo alzó y a quién fue dedicado: «Petro Primo, Catharina Secunda».

A través de vicisitudes sorprendentes, el jinete de bron-

ce está allí en la plaza del Senado, testigo de la historia de su ciudad. Revolución del 17, las sacudidas de la guerra civil, la participación en la construcción socialista, el terrible cerco cuando los nazis llegaron a sus suburbios y fueron contenidos y durante novecientos días mantuvieron el sitio en el que murieron seiscientas mil personas y la ciudad sufrió constante destrucción.

Todo ha pasado y la armonía y la vitalidad subsisten hoy tal como la vio un viajero francés, el marqués de Custine, en 1839: «esta ciudad, de una magnificencia fabulosa, no se parece a ninguna de las capitales del mundo civilizado».

¿Y Moscú? A Moscú se elogia en una antigua canción:

¡Ay, Moskvá, Moskvá
cabeza de oro, piedras blancas!

Qué diferente origen y significado tuvo en comparación con la actual San Petersburgo, esta cabeza dorada sobre blancas piedras a la que se han dirigido tantos ojos turbados en busca de aliento o inspiración o refugio a lo largo de la historia. En 1147 se la menciona por primera vez; entre ríos y bosques se formó como un campamento de nómadas, en forma circular y las líneas concéntricas de sus cercas la hacen compacta en torno a la plaza Roja que antiguamente equivalía a decir plaza Bella. El Kremlin fue una fortaleza de madera alzada en un pequeño altozano sobre el río que le da nombre. Gran centro comercial, atrajo pronto a extranjeros y a las caravanas asiáticas con los productos más preciados de Oriente. Sufrió incendios e invasiones como todas las ciudades rusas, y en 1671 un español que la visitó, Pedro Cubero, dice que tenía seiscientas iglesias con sus cúpulas brillando al sol.

Ésta es la primera visión de la ciudad que se ofrecía a los viajeros: un resplandor dorado cerniéndose sobre los tejados como aureola de oro de un icono. Aleksandr Pushkin exaltó estas cúpulas que aún hoy sorprenden con su intenso colorido.

He aquí Moscú, sus blancas piedras
y aunque viejas, bajo el oro de sus cruces,
las cúpulas brillan como brasas.

Moscú era maternal, una entidad femenina para Lev Tolstói que lo afirma así en *Guerra y paz*: «Contemplando a Moscú no hay corazón ruso que no le crea una madre. Hasta los extraños, sin darse cuenta de su papel maternal, se sorprenden ante su carácter esencialmente femenino».

El poeta Lérmontov la humanizó igualmente: «Amo el brillo sagrado de tus cabellos blancos», escribe a mitad del siglo XIX cuando tenía unos trescientos mil habitantes y los cronistas precisan que contaba con doscientas noventa y cinco iglesias. Este número de habitantes hoy se ha multiplicado hasta los ocho millones y la vieja Moscú ha sido renovada totalmente.

En 1812 el ejército de Napoleón llegó a sus puertas pero no pudo conquistarla. La ciudad prefirió sucumbir a las llamas y en pocas horas fue una ruina humeante. Antes, el emperador francés la había contemplado desde unas alturas que la dominan. Tolstói describe el episodio de esta forma: «A la citada hora del día indicado, Napoleón a caballo en medio de sus tropas, examinaba desde lo alto de la montaña Poklónnaya el panorama que a su vista se ofrecía. La luz de la mañana inundaba la ciudad como un reflejo fantástico. Extendida a los pies de la Poklónnaya, con sus jardines, sus iglesias, su río, sus cúpulas brillantes cual lingotes de oro y sus extraños edificios, Moscú parecía vivir su vida habitual».

Ciudad que atrae como una promesa y Chéjov pone en boca de Olga, una de las jóvenes de *Tres hermanas*, la reveladora confidencia: «Hoy por la mañana cuando desperté, vi raudales de luz, vi la primavera, sentí que mi alma se llenaba de alegría, de intensos deseos de ir a Moscú».

Después de la Revolución del 17, volvió a ser capital no de Rusia sino de la URSS tras dos siglos de haber perdido este privilegio, pero ¿en verdad lo había perdido? Cuántos personajes de Turguénev, de Ostrovski, de Gorki, son hi-

jos de Moscú y cuántas veces se recorren sus calles, sus barrios, en las novelas de Fedin, de Kaverin, de Borís Lavreniév, de Valentín Katáyev, de Nikolái Ogniov, que han llevado de la mano a los lectores y les han demostrado cómo una ciudad es, por excelencia, nutritiva sustancia literaria.